

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

SUMARIO

Domingo Melfi.	<i>Dictadura y mansedumbre.</i>
Max Jara.	<i>Desde aquella primera mujer.</i>
Romain Rolland.	<i>El adiós al pasado.</i>
H. Gómez Holguín.	<i>Agua fuerte.</i>
Sady Zañartu.	<i>Los ansiosos del desierto.</i>
Ernesto Montenegro.	<i>Mi tío Ventura.</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Fernando Robles.	<i>La Argentina sin libertad.</i>
Henri Barbusse.	<i>Una interpretación de la España grande.</i>
Guillermo Jiménez.	<i>La danza en México</i>
Carlos Silva Vildósola.	<i>Don Hermógenes Pérez de Arce.</i>

LOS LIBROS

PIO BAROJA Y EL CINEMATOGRAFO

PIO Baroja, el sobrino de Aviraneta, ha llevado al cine su Zalacaín y alguna otra cosa más.

Baroja, amante de la acción, ha simpatizado con la cinematografía, arte de movimiento y de mala, pero escasa literatura.

A muchos esto les ha llamado la atención, pero lo que ha resultado más extraño es que se halla adjudicado un papel en estas obras y que «el hombre malo de Itzea» haya accionado ante el objetivo.

Sin embargo preciso es reconocer, que el cinematógrafo libera en parte a Baroja de sus ansias de hombre fracasado para la acción, y le procura aventuras de poco riesgo y mucha publicidad.

El escritor vasco que alguna vez soñó con continuar el gesto frenético de su tío hace algún tiempo que ha claudicado. El mismo lo ha expresado con amargura en una plática a los chelaundis de Irún, jocosa sociedad de robustos comedores y bebedores que abunda en el país vasco.

El autor—dice Baroja de sí mismo—se alejó hace tiempo de toda posibilidad heroica de pensamiento y de obra. No es ya más que un animal melancólico que se contenta con vivir con un poco de dignidad, cosa no siempre fácil.

Ya en sus *Horas Solitarias* había hablado, y no precisamente bien del cinematógrafo:

Estas ciudades modernas, que visten a la moda y que tienen la adoración por el lujo han encontrado la diversión más a propósito para sus gustos: el Cinematógrafo

El Cinematógrafo impresiona la vista, pero no el espíritu; no hay necesidad de razonar y discutir, con él todo es *cortical*.

A pesar de esto, agrega, tal es la cantidad de modernidad que llevan algunas de sus invenciones, que el cinematógrafo será con el tiempo uno de los elementos mayores de divulgación y cultura.

Baroja ha fijado sus posiciones ante el cinematógrafo en una conferencia leída en el Cine Club de Madrid con motivo del estreno de su película *Zalacaín, el Aventurero*.

Yo, en verdad, no soy de los cinematófilos incondicionales; quizá no he cogido el añor a la pantalla a tiempo y me ha pasado con el cine como con la bicicleta y el fútbol. Tampoco soy un cinematófilo. En esto, como en muchas cosas, me siento un poco murciélago, a veces pájaro, a veces ratón.

El cinematógrafo me parece en parte bien; tiene algo rápido, dinámico, de aire nuevo, sin tradición, un poco bárbaro, que me gusta, pero está casi siempre mezclado con una retórica insoportable e inspirado en una moral de adoración al dinero y al lujo para mi gusto repulsiva.

Baroja es un «poseur» pero un poseur sui géneris, gusta que sus actitudes siempre sinceras y anárquicas sean conocidas, y esto no lo deja a merced del reportero ni del amigo. El publica sus opiniones sobre todas las cosas, mejor dicho, contra todas, en sus mejores libros: *Juventud y Egotría*, *Divagaciones apasionadas*, *Las horas Solitarias*, *Crítica Arbitraria*, *Momentun catastrophicum*.

Bernard Shaw y Einstein han filmado sus actitudes y han aparecido ante el objetivo en su calidad de hombres ilustres. Baroja en su *Zalacaín* hace el papel de Jabonero. Este es un boticario carlista de la partida del cura; según Baroja: «Tenía aspecto militar, de hombre amable y bien educado».

Jabonero anota a los que se van alistando en la partida del cura.

Que simbólico es esto en Baroja; anotar, ser el satélite de todas las vidas aventureras y disparatadas. Ese ha sido su destino, la labor de toda su vida.

Con su físico ancho, blando; no ha podido hacer de Zalacaín en su película. Hasta el papel de Tellagorri, el viejo flaco y cínico le ha sido negado. Ha tenido que hacer de Jabonero, el que anota los partidarios de la banda del cura.

Una parte de la obra Barojiana tiene características cinematográficas y guarda cierta relación con un género primitivo del cine: la serial. Como en éstas hay en algunas de sus obras mucha acción, poco amor y aventura tras aventura.

Las Memorias de un hombre de Acción es la más formidable serial de aventuras que se ha llevado a la literatura. Ahora que en las seriales de Baroja hay una psicología algo fragmentaria, pero de primer orden que no existe en el cinematógrafo.

El autor no se detiene mucho en un personaje. No le seduce el héroe, su personaje central es un individuo ético, blando

que se asoma a la vida y se indigna. Sus grandes aciertos son sus «extras».

Las últimas obras de Baroja: *Los pilotos de altura*, *La estrella del capitán Chimista*, *El nocturno del hermano Beltrán* nos lo muestra en un culto un tanto infantil y cinematográfico por la aventura que recuerdan las obras de Salgari.

Lo exótico y lo convencional tienen en éstas obras mucha participación. Las dos primeras, forman parte de las obras de Baroja relativas al mar y por algunas arbitrariedades geográficas y etnográficas han adquirido cierta popularidad.

La estrella del capitán Chimista relata la lucha entre un pirata hijo de un inglés y una vasca: José Chimista y el tenebroso Dr. Makra. Baroja adopta con Chimista el procedimiento de siempre; le sigue la pista y va consignando las opiniones que de su héroe tienen los demás personajes. Baroja no acostumbra a dar noticias directas de ellos, éstos por lo demás, hablan muy poco de sí mismos, todo lo cual se une para dar cierta aureola romántica a sus personajes vascos de por sí prácticos y aliterarios.

Un marinero *el tenebroso* habla de Chimista: dice la mayoría que es un francés que se llama Leclercq, otros aseguran que su apellido es vasco; que se llama algo así como Bizargorri, y algunos afirman que es inglés y que se llama Jemmy.

Nosotros le hemos llamado siempre *el Capitán*.

—Y es cierto que ha formado una sociedad.

—Sí, formamos la sociedad de los Caballeros del Relámpago, que llevan todos marcados en la mano una E mayúscula y una raya como la de un relámpago.

Chimista, para algunos en su encarnación de un Bizargorri o del Demonio, era un bandido diabólico que robaba y se reía de la gente; para otros era un tipo a lo Byron con cierta gracia y humorismo vascos.

Chimista aparece a ratos como sabio, medio curandero, medio homeópata y alquimista, que había estudiado cosas raras, y según cuenta su amigo el vasco Embil había probado todos los oficios: marino, taumaturgo, charlatán, sacamuelas, prestidigitador, buscador de minas de oro. Era, como dijo él una vez un gran coleccionista de aventuras.

El doctor Makra era un hombre sombrío, de mal humor que trataba mal a la gente y tenía mucho odio sobre todas las personas jóvenes y sanas. Tenía un gran miedo a la muerte y hacía experiencias para encontrar un elixir regenerador y mataba niños pequeños y utilizaba su sangre. Otros aseguraban que no

sólo bebía la sangre sino que comía ciertas glándulas que el consideraba las mejores para rejuvenecer.

Los amigos de Chimista eran: Tricu, Therrible, el lechugino Zácar, Larraspuru, Cigardi y Joshe María

Entre los enemigos, partidarios declarados del vizconde y del doctor Makra, se contaban: el Tenebroso, un francés llamado Viandom, Amarino el brasileño, el italiano Bachi y el griego Christos Yermonakris.

Este griego fué durante mucho tiempo superior del convento dependiente del monte Athos hasta que se escapó. Con ellos formaban un judío italiano, el negro Rosario y varios marineros recién entrados en la sociedad el Relámpago. Otro de los amigos del doctor: el Buho, hombre que tenía cierto parecido con el ave cuyo nombre llevaba; venía de los presidios de Guayana francesa, había hecho bancarrota varias veces y estado en presidio por envenenador.

Luego formaban legión los indiferentes: negros, mulatos y asiáticos. Entre ellos se distinguía Hércules, el Bataga. Se contaba también entre los indiferentes un malayo, Dayak llamado Radjón, cazador de cabezas de Borneo. El malayo cantaba con frecuencia, con sentimentalismo un pantún de su país que comenzaba así *Senudoh Kayudirimba*, o sea, (el redondendo es un arbusto del bosque). Había también un jezidiz o jezidez a los cuales los musulmanes conocen por Shaitan Purutz (adoradores del diablo) y que ellos se llamaban a sí mismo Davasén. Este, según Baroja, odiaba el color azul, creía en una gran serpiente divina y en la emigración de las almas.

Como se ve, los personajes pueden ser tanto de una novela de Sagarí como de una serial yanqui.

Hay trozos escritos con la arbitrariedad de un director de escena que hace decoraciones para una película que se desarrolla en Méjico o en Sud-América.

Veamos como describe Baroja una procesión en Lima:

Solfan ir abriendo el paso dos negros enormes con grandes látigos; luego marchaba un gran diablo con sus grandes cuernos, un niño y una niña, y bailaban los tres; después iban los músicos y algunos llevaban mandóbulas de burro, y rascaban con un palo en los dientes; luego pasaban varias personas vestidas de indios, y un gran número de andas con santos de bulto, que los llevaban los negros y que bailaban y se saludaban.

Entre los pasos iba una nube de curas, frailes, militares, comerciantes, ministros y busconas, todos cantando.

El público celebraba con gestos los saludos que hacían unos santos a otros:

Mira el señor Pepe como le saludó al señor Pedro.
El señor Pepe era San José, y el señor Pedro San Pedro.

Beltrán, el héroe del *Nocturno del hermano Beltrán* cuenta su vida:

He sido de todo: piloto, marinero en Alaska, capataz en Transvaal, he abierto pozos de petróleo, he vendido naranjas y cacahuets por las calles, he sido comprador de caucho en el Brasil, ballenero, y he vendido caballos entre los indios Sioux.

También he comido carne humana.

—¿Qué horror? ¿Por qué?

—Por broma, entre los indios salvajes.

Baroja ha tenido toda su vida un culto infantil por la aventura, por lo dinámico, por lo violento. En su juventud gran lector de folletines y amigo de anarquistas, conspiradores, bohemios, visionarios y descamisados. Buen burgués en el fondo, Baroja se ha permitido un gran número de vivencias dinámicas, peligrosas a poco riesgo. Ha oído contar, ha visto la vida, sin vivirla directamente y le ha contado a su vez. Ha sido el espectador obligado de todo lo que con ropajes heroicos se ha presentado a su vista.

La mejor definición de este vasco la ha dado Fernando Vela, el discípulo de Ortega y Gasset «*Baroja es un trapero de lo pintoresco*» . . . y de lo heroico y dinámico agregaría yo.—JUAN URIBE-ECHEVERRÍA.